



XI

La casa de Nikolski, durante tanto tiempo fría y desierta, recobró su animación y revivió, pero lo que no revivió fué aquello que había dejado de existir: la madre de Sergio ya no estaba con nosotros y nos hallábamos solos y en aquellos momentos, además de no convenirnos la soledad, se convertía para nosotros en enojoso estorbo. El invierno fué muy malo para mí, tanto más, cuanto que estuve

Matrimonio—14

enferma y no logré restablecerme hasta después que nació mi segundo hijo. Mis relaciones con mi marido continuaron limitándose á las de una fría amistad, lo mismo que en los tiempos que vivíamos á San Petersburgo; pero en el campo, todo, absolutamente todo, lo mismo el suelo que las paredes, los techos y los muebles, me recordaba lo que Sergio fuera siempre para mí y lo que había perdido. Entre nosotros existía algo como el recuerdo de una ofensa no perdonada; habriase dicho que deseaba castigarme. ¿Cómo pedirle perdón sin decirle por qué falta se lo pedía? Me castigaba únicamente no entregándose á mi como en tiempos pasados, no dándome su alma entera, pero á nadie, ni en ninguna circunstancia, entregaba esa alma del mismo modo que si careciera de ella. Algunas veces se me ocurría la idea de que fingía ser así para atormentarme y que, á pesar de ese fingimiento, seguía viviendo en él el mismo sentimiento de otro tiempo, y me esforzaba para hacer que lo manifestase; pero siempre que

sucedía esto eludía toda explicación franca. Habriase dicho que sospechaba era yo capaz de disimular y que temía como á un ridículo toda manifestación de sentimentalismo. Tanto sus miradas como su aire parecían decirme: «Lo sé todo y no hay necesidad de decirme nada: todo cuanto pudieras confiarme lo sé ya. Me consta que dices una cosa y que obras de una manera distinta á lo que dices.» Al principio ofendíame ese temor que mostraba de ser franco conmigo; mas luego fuime acostumbrando y diciéndome que aquello, más que falta de franqueza, era carencia de la necesidad de ésta.

A mi vez, mi lengua no habría bastado para decirle de pronto todo lo que le amaba; para pedirle que leyese las preces conmigo ó llamarle cuando me ponía á tocar el piano, y comprendía que se habían establecido entre nosotros de una manera tácita ciertas reglas de conveniencia. Vivíamos cada uno por nuestro lado, él con sus ocupaciones, en las que yo no tenía necesidad ni deseo de tomar parte, y

yo con mi hastío y sin hacer nada, lo que no le affigía ni le lastimaba como en otros tiempos. En cuanto á los niños, eran aún demasiado pequeños para que pudiesen servir de lazo entre nosotros.

Llegó la primavera, y Macha y Sonia fueron á casa para pasar una temporada en el campo, y en Nikolski hubo que hacer grandes obras de reparación, porque nos fuimos á Pokroski, que continuaba siendo la misma vetusta casa con su terraza, su gran mesa, el piano en su sala luminosa y mi antigua habitación con sus cortinas blancas y mis ensueños de muchacha, que se habría dicho quedarán olvidados allí.

En aquella habitación veíanse dos camas; una que había sido la mía, y á la que por las noches me acercaba para bendecir al mofetudo Kokocha (1) que jugaba con sus piececillos, y otra camita en la que se entreveía la carita de Vasica (2) apareciendo entre las ropas. Mu-

(1) Apócope familiar de Nicolás.

(2) Diminutivo de Ivan.

chas veces, después de haberlos bendecido, me quedaba en aquel cuarto tan tranquilo, y de pronto, de todos los rincones de sus paredes ó desde el fondo de sus cortinajes, se elevaban las olvidadas visiones de mi juventud y empezaban á repetir los estribillos de infantiles canciones. ¿Qué había sido de aquellas visiones? ¿Qué había sido de aquellas tiernas y dulces canciones? Todo cuanto me atreviera á esperar se había realizado, pues mis ensueños, los más confusos y complicados, habíanse convertido en realidades, y esa misma realidad, triste y pesada, era la que constituía mi vida, tan difícil y despojada de alegrías. Y, sin embargo, á mi alrededor, ¿no seguían siendo todas las cosas iguales á las que antes fueron? ¿No era aquel mismo jardín, los mismos bancos, senderos é iguales terrazas? Allá abajo, al pie de la torrentera, seguía pareciendo que el canto de los ruiseñores salía de las aguas del estanque, las lilas florecían como antaño y como en tiempos, la luna, con sus plateados iluminaba la casa, y, á pesar de

esto, ¡estaba todo tan cambiado para mí! ¡Cambiado mucho más de lo que podía decirse! Lo mismo que en los pasados tiempos hablábamos tranquilamente con Macha sentándonos en el salón; pero la buena de Macha fruncía el entrecejo, su rostro se ponía amarillento, mientras que en sus ojos no brillaban como antes la alegría y el contento y la esperanza, sino una tristeza engendrada por la simpatía y rayana en la compasión. Había cambiado esto también, y no nos extasiábamos hablando de él, sino que, á la sazón, le juzgábamos; no admirábamos tampoco lo felices que éramos, ni sentíamos, como anteriormente, la necesidad de contar al mundo entero lo que pensábamos, sino que, cual conspiradoras, hablábamos muy bajito y diciéndonos las cosas al oído, y además, por centésima vez nos preguntábamos por qué todo estaba tan triste y cambiado. En cuanto á él, seguía siendo lo mismo, y únicamente el pliegue que dividía su frente se había hecho más profundo, su cabello, hacía las sienes, estaba más encaneci-

do, y su mirada inteligente, profunda, que continuamente rehúsa encontrarse con la mía, estaba como empañada por una nube. Seguía yo también siendo la misma, pero no había en mí amor, ni necesidad de amar. Sentía en mí más necesidad de trabajar y más satisfacción en mí misma. Se me presentaban como en una lejana lontananza y como imposibles mis arranques religiosos de otros tiempos, lo mismo que mi antiguo amor hacia él y aquella plenitud de vida que experimentara al mismo tiempo. No comprendía á la sazón la que en tiempos me pareciera tan luminoso y verdadero; la dicha de vivir para los demás; ¿para qué para los demás? ¡Cuando no quería vivir ni para mí mismal...

Desde la época en que fuimos á San Petersburgo había abandonado completamente la música, pero al presente mi antiguo piano y las partituras que antes me agradaran tanto, me devolvieron la afición de antaño. Un día que no me encontraba bien me quedé sola en casa, mientras que Sonía y Macha se fueron

con Sergio á visitar las obras que estaban haciendo en Nikolski. Habían servido el té y bajé al salón y mientras que estaba esperando me senté al piano. Abrí la sonata *quasi una fantasia* y me puse á tocar. No se veía ni oía á alma viviente y las ventanas que daban al jardín estaban abiertas de par en par y en la sala resonaron aquellos acentos tan conocidos y de una solemnidad tan triste y penetrante. Acabé la primera parte, y de una manera inconsciente, obedeciendo al mismo tiempo á antigua costumbre, volví la cabeza para mirar al rincón en que tenía la costumbre de escucharme. No se hallaba allí, sin embargo; una silla, que hacía mucho no habían cambiado de lugar era la que ocupaba su rincón favorito. Por el borde de una ventana asomaba el extremo de una mata de lilas que se recostaba sobre el fondo luminoso de la puesta del sol y la frescura del aire penetraba á través de las abiertas vidrieras. Me apoyé de bruces sobre el piano cubriéndome la cara con las manos y me puse á soñar. De este modo per-

manecí durante largo rato acordándome con pena de los antiguos tiempos que habían huido para siempre y procurando escudriñar con temor lo que eran los venideros, pero se me figuraba que, en adelante, nada existiría para mí ni tampoco lo desearía ni lo esperaría. «Y es posible que haya sobrevivido á todo esto!» pensé levantando con terror la cabeza y con objeto de olvidar lo que tanto me apenaba púsememe otra vez á tocar, pero siempre el mismo andante. «¡Dios mío, murmuré, perdóname si es que soy culpable ó devuélveme todo aquello que embellecía mi alma ó dime que es lo que debo haer!» ¿Cómo debo vivir?

Se oyó un ruido de ruedas en la praderita que se extendía ante la escalinata y al poco rato oí en la terraza un paso discreto que me era muy familiar y que se detuvo de pronto. No fueron empero los sentimientos de antaño los que evocó aquel paso tan conocido. Cuando acabé de tocar oí otra vez á mi espalda ese mismo ruido de pasos y una mano se apoyó en mi hombro.

—¡Qué buena idea se te ocurrió al tocar esa sonata!—exclamó.

No respondí nada.

—¿No tomas el té?

Moví negativamente la cabeza sin volverme hacia él para que no pudiese ver en mi rostro las huellas de la agitación que aún me dominaba.

—Ahora llegarán Macha y Sonia que vienen á pie por la carretera, porque el caballo se mostró algo indócil,—me dijo.

—Las esperaremos,—dije, y me marché á la terraza confiando en que Sergio me seguiría para reunirse conmigo; mas no lo hizo, sino que, preguntándome por los niños se marchó á verlos. Una vez más su presencia, la entonación de su voz, tan cariñosa y sencilla, me sirvieron para convencerme de que no todo estaba perdido para mí. «¿Qué puedo desear más?», me dije. «Es muy bueno, cariñoso, tan excelente padre como buen marido; ¡no sé siquiera lo que me falta!»

Me acerqué á la barandilla y me senté bajo

el toldo de la terraza en aquel mismo banco en que me sentara la noche de la explicación decisiva. El sol se hallaba cerca del ocaso y empezaba á oscurecer y una nube de primavera se destacaba sobre el fondo azulado del cielo en el que brillaba ya una estrellita. El viento había cesado y no se movía ni una hoja ni un tallo de hierba. Era tan penetrante el perfume de las lilas y de los cerezos, que habría dicho que hasta el aire estaba florido esparciéndose sus bocanadas por el jardín y la terraza, unas veces debilitándose y otras adquiriendo mayor fuerza dando deseos de cerrar los ojos, de no ver ni escuchar nada para limitar toda sensación á la de aspirar aquel perfume embriagador. Las matas de rosas y de dalias aún sin hojas, estaban alineadas, apoyadas en sus tentemosos destacándose el fondo negro de la tierra recién removida de sus cuádras y parecía que elevaban al aire con lentitud sus cabezas. Por su parte los ruiseñores enviaban á lo lejos sus intermitentes cadencias y se les oía volar muy inquietos para

cambiar de sitio. En vano hice esfuerzos para calmarme, pues me pareció que esperaba y deseaba alguna cosa. Al poco rato bajó Sergio y se sentó á mi lado.

—Creo que va á llover y que se mojarán Macha y Sonia,—dijo.

—Sí,—contesté, y ambos nos quedamos silenciosos otra vez durante largo rato.

Mientras tanto la nube, que no encontraba la oposición del viento, habíase ido extendiendo poco á poco sobre nuestras cabezas y la naturaleza parecía más tranquila, más perfumada, más inmóvil por así decirlo. De pronto cayó una gota de agua y sonó en el toldo y otra se aplastó deshaciéndose sobre los menudos guijarros del sendero y, casi enseguida, un chaparrón de gruesas gotas que lo refrescó todo y, adquiriendo violencia por momentos. Ranas y ruiseñores se callaron lo mismo que si estuviesen de acuerdo y no se oyó más que el zumbido del agua, por más que quedase como ahogado bajo el ruido de la borrasca y, sin embargo, se le percibía en el aire. Había

además no sé que pájaro, oculto á la cuenta bajo un dosel de ramas secas, que no lejos de la terraza lanzaba al aire sus trinos con un ritmo siempre igual, basado en dos notas nada más. Sergio se puso en pie como si tuviese intención de marcharse.

—¿A dónde vas?—le pregunté deteniéndole.
—¡Se está tan bien aquí!

—Es preciso que las mande chanclos y paraguas.

—No creo que sea necesario porque ese chaparrón pasará en seguida.

Se puso de acuerdo conmigo y nos quedamos juntos al lado de la balaustrada del balcón y apoyé la mano sobre el antepecho húmedo y escurridizo y asomé la cabeza y una lluvia fresca é intermitente me remojó el cabello y el cuello. La nube, que era más luminosa ya y cada vez más clara, se deshizo en agua sobre nuestras cabezas y al ruido regular de la lluvia sucedió muy pronto el de las gotas que iban disminuyendo y que caían del cielo ó el aire hacía desprender de las hojas.

De nuevo las ranas empezaron su monótona canturía; de nuevo los ruiseñores sacudieron sus alitas y empezaron á cambiar sus trinos desde detrás de las húmedas matas y tan pronto á un lado como á otro, y todo se presentó sereno á nuestros ojos.

—¡Qué bien se vive así!—exclamó Sergio inclinándose sobre la balaustrada y pasando la mano por mis húmedos cabellos. Aquella caricia tan sencilla me causó el efecto de un reproche y tuve deseos de llorar.—¿Qué más necesita un hombre?—siguió diciendo.—Estoy tan contento en este instante que no me falta nada y soy completamente dichoso.

«No me hablabas así cuando el hacerlo habría constituido una dicha para mí, pensé, y por muy grande que fuese la tuya, decías entonces que me querías más y más aún. Y ahora estás tranquilo y contento cuando mi alma está llena de un arrepentimiento que hasta cierto punto, no se puede contar y de lágrimas que no se desahogaron!...»

—Para mí también la vida es buena,—con-

testé; pero estoy triste precisamente porque la vida es tan buena para mí. Me siento tan desalentada, tan desesperanzada como si me faltase algo y, no obstante, ¡se está aquí tan bien y hay tal tranquilidad! ¿Será, pues, posible que á tí no te suceda el que se mezcle alguna pena á los goces que la naturaleza te concedió como si, por ejemplo, echases de menos algo del pasado?

Separó la mano que apoyaba en mi cabeza y durante un momento quedóse silencioso.

—Sí, antes me sucedió también á mí eso mismo,—dijo como recopilando sus recuerdos.—Sí, yo también pasé noches enteras alimentando deseos y esperanzas ¡y qué hermosas noches fueron aquellas! Pero entonces lo tenía todo por delante y hoy lo tengo todo á mi espalda. Al presente estoy satisfecho con lo que hay y esta es, en mi concepto, la perfección,—dijo á manera de conclusión y con una seguridad y una firmeza tales que, por muy doloroso que fuese para mí comprendí que era la verdad.

—De manera que no deseas nada,—observé.

—Nada que sea imposible,—me replicó adivinando mi pensamiento.—Y tú fijate en la manera como te mojaste la cabeza,—añadió acariciándome como á una niña y pasándome otra vez la mano por el pelo,—y se conoce que tienes celos de la hojarasca y de la hierba que la lluvia mojó. Querrias ser hierba, hojas y lluvia; pero no aspiro á tanto sino que gozo sencillamente viendo todo lo que es bueno, joven, dichoso...

—¿Y no echas de menos nada del pasado? —seguí preguntándole al mismo tiempo que sentía que, por momentos, era más grande el peso que me oprimía el corazón.

Se quedó pensativo un momento y de nuevo guardó silencio. Comprendí que deseaba responderme con entera franqueza.

—No,—me respondió lacónicamente.

—Esto no es verdad. No es cierto,—exclamé encarándome con él y fijando mis miradas en sus ojos.—¿No echas de menos el pasado?

—¡Nol—repitió una vez más.—Lo bendigo, pero no lo echo de menos.

—¿Y no desearías volver á él?

Se volvió poniéndose á mirar al jardín.

—Tengo tan pocos deseos de volver á él como de pedir que me pongan alas. Eso no puede ser.

—¿Y no querrias reconstituir ese pasado? ¿No me echas nada en cara? ¿No tienes tú nada que reprocharte?

—Jamás y esto es lo mejor que puede suceder.

—¡Oyeme!—dije cogiéndole la mano para obligarle á que se volviese hacia mí.—¡Oyeme! ¿Por qué no me has dicho nunca lo que deseabas de mí con objeto de que hubiese podido llevar la vida tal cual la deseabas? ¿A qué concederme una libertad de la que no supe hacer buen uso? ¿Por qué dejaste de enseñarme? Si lo hubieses querido, si me hubieses dirigido, nada, absolutamente nada habría sucedido,—añadí con una voz que cada